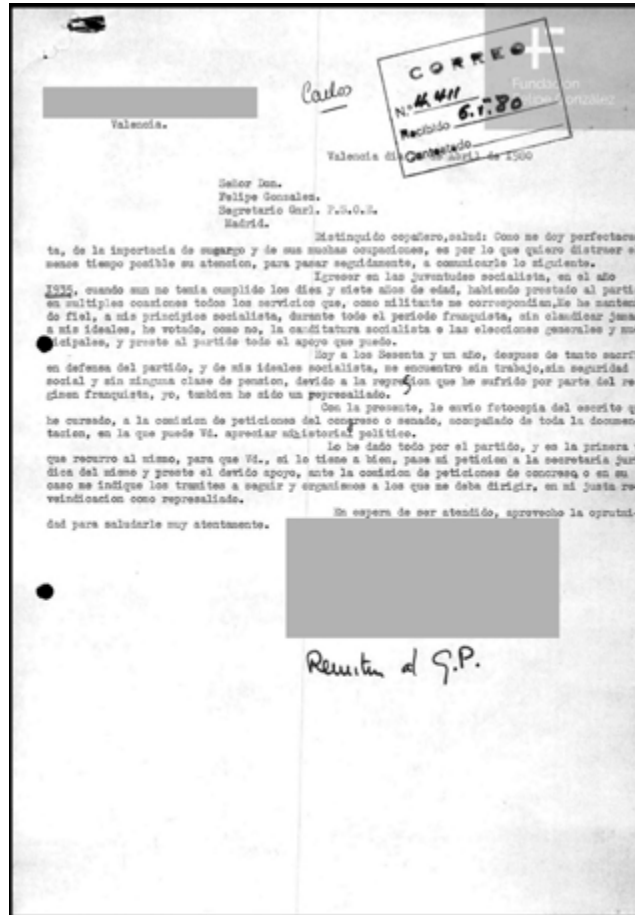


Capítulo 2



Carta de un militante a Felipe González solicitando ayuda para resolver su situación laboral y económica. Valencia, 1980. Archivo Fundación Felipe González, signatura AFFG FFG0004493.

Cartas a Felipe

Por Manuel Vilas

La gente le mandaba cartas a Felipe González porque Felipe González era el rostro de España. Lo fue durante mucho tiempo. Los hombres, las mujeres, los niños, los jóvenes, los abuelos, las abuelas, los adolescentes, todos le escribían porque una administración pública no tiene rostro, porque un ayuntamiento no tiene rostro, porque un ministerio no tiene rostro, porque los funcionarios del estado no tienen rostro.

Un funcionario no puede resolverte la vida.

Un edificio público no puede comprender las mil desgracias que te acaban de ocurrir: una pensión de viudedad, una enfermedad, un trabajo perdido, la muerte de un hijo, la ruina económica, la desesperación, la soledad, la pobreza.

Sobre todo, la pobreza.

Sobre todo, la soledad.

Solo había tres rostros en aquella época: Juan Carlos I, Adolfo Suárez y Felipe González.

Juan Carlos era el Rey, era algo lejano y ornamental, y Adolfo Suárez perdió las elecciones de una forma estrepitosa, y en ambos aún se alargaba la triste sombra del dictador Francisco Franco.

Fue, entonces, Felipe González el que acabó siendo España.

Sin él no hubiera sido posible la construcción del edificio democrático en donde estamos todos ahora. Eso la gente lo sabía. Conviene recordarlo. La buena gente, sencilla, tranquila, lo sabía. Lo sabían las clases medias. Lo sabían las amas de casa y los padres trabajadores, porque estoy pensando en aquella España de 1980.

Desde el 2 de diciembre de 1982 al 5 de mayo de 1996 Felipe fue una forma humana, unos ojos, una sonrisa, unas manos, un tono de voz a través del cual miles y miles de ciudadanos españoles desesperados percibían la idea de que vivían en un país, es decir, en un acontecimiento colectivo, en una democracia, en una fraternidad reconocible, en un lugar en el que valía la pena estar.

Ha pasado el tiempo, se amansan los odios y los amores, ya todo es finalmente Historia, ya está todo dispuesto para esa serenidad con que el paso del tiempo anega las pasiones políticas, los errores y los aciertos.

Quiero recordar ese poderoso hechizo que hace que un pueblo busque en un rostro su representación. Sin ese rostro no existen las naciones. Pocos rostros democráticos y legítimos hemos tenido los españoles.

No, no han sido abundantes nuestros rostros democráticos. Muchos de los españoles que escribieron a Felipe ya han muerto o ya han olvidado que una vez depositaron en el buzón de correos una carta, pero una vez en sus vidas Felipe González fue la última solución que sus almas asustadas encontraron.

Pienso en un ser humano que en algún momento de ese tiempo en que González gobernó España se acercó hasta un buzón de correos con una carta en la mano escrita para su presidente, en donde le contaba su vida entera.

No hay mayor honor que recibir esa carta.

Las cartas de los españoles que creyeron en su presidente, que creyeron que su presidente les ayudaría, que confiaron en que su presidente estaba allí para darles aliento nos deben proteger de toda clase de tinieblas.